'Titú: El verano de las colinas infinitas',
de Stygryt y Maiques
Dolmen. Cartoné, B/N, 120 págs., 16€

DORADOS VERANOS INFANTILES

Los autores nos invitan a compartir esos lejanos veranos interminables que tan buenos recuerdos les traen. / **IÑAKI GUTIÉRREZ**

Los recuerdos infantiles de los veraneos en el campo con los abuelos suelen ser de esos que la película de Pixar *Del revés* denominan "recuerdos esenciales" en nuestra historia de formación y crecimiento. Los veranos con los padres lejos es terreno abonado para novedades, para cambiar la rutina, para conocer un entorno rural, lejos de los parámetros urbanitas y donde el tiempo transcurre de forma diferente. Momentos "ancla" que recordamos con tonos cada vez más dorados, donde una charca se nos antoja un lago, una excursión a una colina cercana una escalada épica o una travesura una transgresión increíble. Y está bien que así sea, ¡qué narices! De adultos, el revisitar esos momentos, el contarlos a los amigos o a la familia, sobre todo a los niños, nos llena de orgullo y asegura un rato entrañable, un momento relajado en el que transmitir sensaciones que nos resultan cálidas y acogedoras. Es parte de contar cómo somos, qué nos ha forjado y una invitación a no olvidarlos.

Cada uno tiene sus propias aventuras que contar, y en este caso guionista y dibujante se alían para, en un tono muy poético, dejar que su personaje Titú sirva de hilo conductor y rememore las suyas, incluso se dejen llevar creando nuevas aventuras. El perro que se escapa, la comida de la abuela, las siestas del abuelo, los ritmos del campo, los animales, los horarios laxos, la complicidad entre hermanos, la visita "cortarrollos" de la madre y su pareja... en total ocho historias (como podrían haber sido más, o menos) protagonizadas por un niño con el espíritu aventurero de un Tintín en miniatura, en un pueblecito francés a finales de los 70. Titú, su hermano pequeño Sebastián y el perro Malako cerrando el grupo son la creación del guionista **Chris Stygryt** (Burdeos, 1965) y **Nacho Casanova.** Debutaron en 2009 con *Mistigrí,* continuó, ya con el dibujante **Carlos Maiques** (Valencia, 1971) con *Equinoccio* en 2015 y se cierra con el presente volumen, editado de forma bien bonita por Dolmen en su colección de Novela Gráfica. Como complemento recomendable está el blog *Las orillas del fin del mundo,* donde aparece diverso material del personaje. Otra muestra de la sintonía de ambos autores es su obra conjunta *Chip* (Coco Press, 2017), que realizaron entremedias.

EXPRESIVIDAD

El dibujo y la narrativa de Maiques es fluido y envolvente. Trazo lineal suelto, en blanco y negro con un acierto tal en las manchas, masas, tramas y sombras de dos tonos de gris que hacen que nos olvidemos que falta el color. Los rostros y cuerpos son tan económicos en los trazos como expresivos, y las páginas mudas tan elocuentes como las de diálogo.

No queda sino reseñar que la obra se puede leer perfectamente sin conocer las anteriores, aunque tal vez no puedan evitar buscarlas. Al final de la lectura, cada lector acabará volcando en las páginas sus propios recuerdos de aquellos cálidos veranos, con esa sonrisa de entonces. ■